

mayores amigos. Y con esta condición concertaban el casamiento y así la recibía después el marido.

(Pedro de Cieza, capítulo 24, dice lo mismo.)

Hubo sodomitas en algunas provincias, aunque no muy al descubierto ni toda la nación en común sino algunos particulares y en secreto. En algunas partes los tuvieron en sus templos, porque les persuadía el demonio que sus dioses recibían mucho contento con ellos. Y haríalo el traidor por quitar el velo de la vergüenza que aquellos gentiles tenían del delito y para que lo usaran todos en público y en común.

También hubo hombres y mujeres que daban ponzoña, así para matar con ella presto o despacio como para sacar de juicio y atontar los que querían y para afearlos en sus rostros y cuerpos, que los dejaban remendados de blanco y negro y albarazados y tullidos de sus miembros.

Cada provincia, cada nación —y en muchas partes cada pueblo— tenía su lengua por sí, diferente de sus vecinos. Los que se entendían en un lenguaje se tenían por parientes y, así, eran amigos y confederados. Los que no se entendían por la variedad de las lenguas se tenían por enemigos y contrarios y se hacían cruel guerra hasta comerse unos a otros, como si fueran brutos de diversas especies.

Hubo también hechiceros y hechiceras. Y este oficio, más ordinario lo usaban las indias que los indios. Muchos lo ejercitaban solamente para tratar con el demonio en particular, para ganar reputación con la gente dando y tomando respuestas de las cosas por venir, haciéndose grandes sacerdotes y sacerdotisas. Otras mujeres lo usaron para enhechizar más a hombres que a mujeres —o por envidia o por otra malquerencia. Y hacían con los hechizos los mismos efectos que con el veneno.

Y esto baste para lo que por ahora se puede decir de los indios de aquella Edad Primera y gentilidad antigua remitiéndome, en lo que no se ha dicho tan cumplidamente como ello fue, a lo que cada uno quisiere imaginar y añadir a las cosas dichas. Que por mucho que alargue su imaginación no llegará a imaginar cuán grandes fueron las torpezas de aquella gentilidad, en fin, como de gente que no tuvo otro guía ni maestro sino al demonio.

Y, así, unos fueron (en su vida, costumbres, dioses y sacrificios) barbarísimos fuera de todo encarecimiento. Otros hubo simplicísimos en toda cosa, como animales mansos —y aun más simples. Otros participaron de un extremo y del otro (como lo veremos más adelante en el discurso de nuestra historia, donde en particular diremos lo que en cada provincia y en cada nación había de las bestialidades arriba dichas).

## CAPÍTULO XV

### El origen de los Incas, reyes del Perú

**V**IVIENDO —o muriendo— aquellas gentes de la manera que hemos visto, permitió Dios nuestro Señor que de ellos mismos saliese un lucero del alba que en aquellas oscurísimas tinieblas les diese alguna noticia de la ley natural y de la urbanidad y respetos que los hombres debían tenerse unos a otros. Y que los descendientes de aquel, procediendo de bien en mejor, cultivasen aquellas fieras y las convirtiesen en hombres haciéndoles capaces de razón y de cualquier buena doctrina. Para que cuando ese mismo Dios, sol de justicia, tuviese por bien de enviar la luz de sus divinos rayos a aquellos idólatras, los hallase no tan salvajes sino más dóciles para recibir la fe católica y la enseñanza y doctrina de nuestra santa madre Iglesia Romana —como desde entonces acá la han recibido, según se verá lo uno y lo otro en el discurso de esta historia. Que por experiencia muy clara se ha notado cuánto más pronto y ágiles estaban para recibir el evangelio los indios que los reyes Incas sujetaron, gobernaron y enseñaron, que no las demás naciones comarcanas donde aún no había llegado la enseñanza de los Incas, muchas de las cuales se están hoy tan bárbaras y brutas como antes se estaban, con haber 71 años que los españoles entraron en el Perú.

Y, pues estamos a la puerta de este gran laberinto, será bien pasemos adelante a dar noticia de lo que en él había.

Después de haber dado muchas trazas y tomado muchos caminos para entrar a dar cuenta del origen y principio de los Incas, reyes naturales que fueron del Perú, me pareció que la mejor traza y el camino más fácil y llano era contar lo que en mis niñeces oí muchas veces a mi madre y a sus hermanos y tíos y a otros sus mayores acerca de este origen y principio. Porque todo lo que por otras vías se dice de él viene a resolverse en lo mismo que nosotros diremos. Y será mejor que se sepa por las propias palabras que los Incas lo cuentan, que no por las de otros autores extraños.

Es así que residiendo mi madre en el Cozco, su patria, venían a visitarla casi cada semana los pocos parientes y parientes que de las crueldades y tiranías de Atahuallpa (como en su vida contaremos) escaparon. En las cuales visitas siempre sus más ordinarias pláticas eran tratar del origen de sus reyes, de la majestad de ellos, de la

grandeza de su imperio, de sus conquistas y hazañas, del gobierno que en paz y en guerra tenían, de las leyes que tan en provecho y favor de sus vasallos ordenaban.

En suma, no dejaban cosa de las prósperas que entre ellos hubiese acaecido que no la trajesen a cuenta. De las grandezas y prosperidades pasadas venían a las cosas presentes: lloraban sus reyes muertos, enajenado su imperio y acabada su república, etc. Estas y otras semejantes pláticas tenían los Incas y Pallas en sus visitas. Y con la memoria del bien perdido siempre acababan su conversación en lágrimas y llanto, diciendo: "Trocósenos el reinar en vasallaje", etc.

En estas pláticas yo, como muchacho, entraba y salía muchas veces donde ellos estaban y me holgaba de oírlos como huelgan los tales de oír fábulas. Pasando pues días, meses y años, siendo ya yo de 16 o 17 años acaeció que, estando mis parientes un día en esta su conversación hablando de sus reyes y antiguallas, al más anciano de ellos (que era el que daba cuenta de ellas) le dije:

"Inca, tío: pues no hay escritura entre vosotros, que es la que guarda la memoria de las cosas pasadas, ¿qué noticia tenéis del origen y principio de nuestros reyes? Porque allá los españoles y las otras naciones, sus comarcas, como tienen historias divinas y humanas saben por ellas cuándo empezaron a reinar sus reyes y los ajenos y el trocarse unos imperios en otros, hasta saber cuántos mil años ha que Dios crió el cielo y la tierra —que todo esto y mucho más saben por sus libros.

"Empero vosotros, que carecéis de ellos, ¿qué memoria tenéis de vuestras antiguallas? ¿quién fue el primero de nuestros Incas? ¿cómo se llamó? ¿qué origen tuvo su linaje? ¿de qué manera empezó a reinar? ¿con qué gente y armas conquistó este gran imperio? ¿qué origen tuvieron nuestras hazañas?"

El Inca, como que holgándose de haber oído las preguntas por el gusto que recibía de dar cuenta de ellas, se volvió a mí (que ya otras muchas veces le había oído, mas ninguna con la atención que entonces) y me dijo:

"Sobriño: yo te las diré de muy buena gana. A ti te conviene oírlos y guardarlas en el corazón". (Es frasis de ellos, por decir "en la memoria".) "Sabrás que en los siglos antiguos toda esta región de tierra que ves eran unos grandes montes y breñales. Y las gentes en aquellos tiempos vivían como fieras y animales brutos, sin religión ni policía, sin pueblo ni casa, sin cultivar ni sembrar la tierra, sin vestir ni cubrir sus carnes, porque no sabían labrar algodón ni lana para hacer de vestir.

"Vivían de dos en dos y de tres en tres, como acertaban a juntarse, en las cuevas y resquicios de peñas y cavernas de la tierra. Comían, como bestias, hierbas del campo y raíces de árboles y la fruta inculta que ellos daban de suyo y carne humana. Cubrían sus carnes con hojas y cortezas de árboles y pieles de animales. Otros andaban en cueros. En suma, vivían como venados y salvajinas. Y aun en las mujeres se habían como los brutos, porque no supieron tenerlas propias y conocidas".

[Adviértase, para que no enfade el repetir tantas veces estas palabras "nuestro padre el sol", que era lenguaje de los Incas y manera de veneración y acatamiento decirlas siempre que nombraban al sol porque se preciaban descender de él. Y al que no era Inca no le era lícito tomarlas en la boca: que fuera blasfemia y lo apedrearán. Dijo el Inca:]

"Nuestro padre el sol, viendo los hombres como te he dicho, se apiadó y tuvo lástima de ellos y envió del cielo a la tierra un hijo y una hija de los suyos para que los doctrinasen en el conocimiento de nuestro padre el sol para que lo adorasen y tuviesen por su dios. Y para que les diesen preceptos y leyes en que viviesen como hombres en razón y urbanidad, para que habitasen en casas y pueblos poblados, supiesen labrar las tierras, cultivar las plantas y mieses, criar los ganados y gozar de ellos y de los frutos de la tierra como hombres racionales y no como bestias.

"Con esta orden y mandato puso nuestro padre el sol estos dos hijos suyos en la laguna Títicaca, que está a 80 leguas de aquí. Y les dijo que fuesen por donde quisiesen y, doquiera que parasen a comer o a dormir, procurasen hincar en el suelo una barrilla de oro de media vara de largo y dos dedos de grueso que les dio para señal y muestra: que donde aquella barra se les hundiese con sólo un golpe que con ella diesen en tierra, allí quería el sol nuestro padre que parasen e hiciesen su asiento y corte. A lo último, les dijo:

"Cuando hayáis reducido esas gentes a nuestro servicio los mandréis en razón y justicia, con piedad, clemencia y mansedumbre haciendo en todo oficio de padre piadoso para con sus hijos tiernos y amados, a imitación y semejanza mía que a todo el mundo hago bien: que les doy mi luz y claridad para que vean y hagan sus haciendas y les caliento cuando tienen frío. Y crío sus pastos y sementeras, hago fructificar sus árboles y multiplico sus ganados, lluevo y sereno a sus tiempos. Y tengo cuidado de dar una vuelta cada día al mundo para ver las necesidades que en la tierra se ofrecen, para proveerlas y socorrerlas como sustentador y bienhechor de las gentes.

‘Quiero que vosotros imitéis este ejemplo como hijos míos, enviados a la tierra sólo para la doctrina y beneficio de esos hombres que viven como bestias. Y desde luego os constituyo y nombro por reyes y señores de todas las gentes que así doctrinareis con vuestras buenas razones, obras y gobierno’.

“Habiendo declarado su voluntad nuestro padre el sol a sus dos hijos, los despidió de sí. Ellos salieron de Títicaca y caminaron al septentrión. Y por todo el camino, doquiera que paraban, tentaban hincar la barra de oro y nunca se les hundió. Así, entraron en una venta o dormitorio pequeño, que está siete u ocho leguas al mediodía de esta ciudad, que hoy llaman *Pacárec Tampu* (que quiere decir ‘venta o dormida que amanece’). Púsole este nombre el Inca porque salió de aquella dormida al tiempo que amanecía. Es uno de los pueblos que este príncipe mandó poblar después y sus moradores se jactan hoy grandemente del nombre, porque lo impuso nuestro Inca.

“De allí llegaron él y su mujer, nuestra reina, a este valle del Cozco, que entonces todo él estaba hecho montaña brava.”

## CAPÍTULO XVI

### La fundación del Cozco, ciudad imperial

**L**A PRIMERA PARADA que en este valle hicieron” (dijo el Inca) “fue en el cerro llamado Huanacauri, al mediodía de esta ciudad. Allí procuró hundir en tierra la barra de oro, la cual con mucha facilidad se les hundió al primer golpe que dieron con ella, que no la vieron más. Entonces dijo nuestro Inca a su hermana y mujer:

‘En este valle manda nuestro padre el sol que paremos y hagamos nuestro asiento y morada para cumplir su voluntad. Por tanto, reina y hermana, conviene que cada uno por su parte vamos a convocar y atraer esta gente, para doctrinarlos y hacerles el bien que nuestro padre el sol nos manda’.

“Del cerro Huanacauri salieron nuestros primeros reyes, cada uno por su parte, a convocar las gentes. Y por ser aquel lugar el primero de que tenemos noticia que hubiesen hollado con sus pies –y por haber salido de allí a bien hacer a los hombres– teníamos hecho en él, como es notorio, un templo para adorar a nuestro padre el sol en memoria de esta merced y beneficio que hizo al mundo.

“El príncipe fue al septentrión y la princesa al mediodía. A todos los hombres y mujeres que hallaban por aquellos breñales les hablaban

y decían cómo su padre el sol los había enviado del cielo para que fuesen maestros y bienhechores de los moradores de toda aquella tierra sacándoles de la vida ferina que tenían y mostrándoles a vivir como hombres. Y que, en cumplimiento de lo que el sol su padre les había mandado, iban a convocarlos y sacarlos de aquellos montes y malezas y reducirlos a morar en pueblos poblados y a darles, para comer, manjares de hombres y no de bestias.

“Estas cosas y otras semejantes dijeron nuestros reyes a los primeros salvajes que por estas sierras y montes hallaron. Los cuales, viendo aquellas dos personas vestidas y adornadas con los ornamentos que nuestro padre el sol les había dado (hábito muy diferente del que ellos traían) y las orejas horadadas y tan abiertas como sus descendientes las traemos (y que en palabras y rostro mostraban ser hijos del sol y que venían a los hombres para darles pueblos en que viviesen y mantenimientos que comiesen), maravillados por una parte de lo que veían –y por otra aficionados de las promesas que les hacían– les dieron entero crédito a todo lo que les dijeron. Y los adoraron y reverenciaron como a hijos del sol y obedecieron como a reyes. Y convocándose los mismos salvajes unos a otros y refiriendo las maravillas que habían visto y oído, se juntaron en gran número hombres y mujeres y salieron con nuestros reyes para seguirlos donde ellos quisiesen llevarlos.

“Nuestros príncipes, viendo la mucha gente que se les allegaba, dieron orden que unos se ocupasen en proveer de su comida campestre para todos, para que el hambre no los volviese a derramar por los montes. Mandó que otros trabajasen en hacer chozas y casas, dando el Inca la traza como las habían de hacer.

“De esta manera se principió a poblar esta nuestra imperial ciudad, dividida en dos medios que llamaron *Hanan Cozco* (que, como sabes, quiere decir ‘Cozco el alto’) y *Hurin Cozco* (que es ‘Cozco el bajo’). Los que atrajo el rey quiso que pblasen a Hanan Cozco –y por esto le llamaron ‘el alto’. Y los que convocó la reina, que pblasen a Hurin Cozco –y por eso le llamaron ‘el bajo’.

“Esta división de ciudad no fue para que los de una mitad se aventajasen de la otra mitad en excelencias y preeminencias sino para que todos fuesen iguales como hermanos, hijos de un padre y de una madre. Sólo quiso el Inca que hubiese esta división de pueblo y diferencia de nombres, alto y bajo, para que quedase perpetua memoria de que a los unos había convocado el rey y a los otros la reina. Y mandó que entre ellos hubiese sola una diferencia y reconocimiento de superioridad: que los del Cozco alto fuesen respetados y tenidos como primogénitos hermanos mayores y los del bajo fuesen como hijos